

LA LECTURA POPULAR

PUBLICACION QUINCENAL GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

A petición de varios suscritores nos proponemos dar á luz á la mayor brevedad un librito con la colección de los artículos originales publicados en LA LECTURA POPULAR por su Director.

Para calcular el número de ejemplares de que habrá de hacerse la edición, rogamos á todas las personas que deseen adquirir dicha colección, nos lo avisen, si es posible, antes del día 15 del próximo mes de Junio.

El libro costará próximamente una peseta, y por cada diez ejemplares que se tomen se dará uno gratis.

D. RESTITUTO DE LAPANZAGORDA.

No sé como fué, pero ello es, que paseando yo un día con el Sr. D. Restituto de Lapanzagorda, persona conocidísima en los altos círculos libre-pensadores de España y el extranjero por sus profundos conocimientos en filosofía, antropología, sociología y otras cosas acabadas en *ia*, me ocurrió decir, (porque hablando hablando vino á cuento), que el hombre había nacido para servir á Dios en esta vida, y verle y gozarle en la otra.

Esto dijiste, como si hubiese oído el mayor despropósito, he aquí que D. Restituto suelta el trapo, y en poco tiene que soltarse hasta los mismísimos pantalones para evitar un desperfecto.

—¿De qué se rie V., señor D. Restituto? exclamé dándome por ofendido de aquel alboroto.

—¡Hombre! ¿de qué me he de reír? de ese trozo de Padre Ripalda que acaba V. de recitarme.

—Pero, acaso ¿no es verdad exacta lo que encierra?

—Quite V. á un lado, criatura; eso es una antigualla que ya no tiene razón de ser en los tiempos que corremos.

—¡Cómo! señor D. Restituto, ¿acaso los tiempos que corremos pueden rechazar el gran dogma del fin del hombre? Pues, si no hemos nacido para servir á Dios en esta vida y gozarle en la otra, ¿para qué hemos nacido?

—Ta, ta, ta; veo que está V. muy atrasado. Hemos nacido para trabajar, y adelantar, y progresar, y llevar á la humanidad por sus grandes derroteros, etcétera, etcétera, etcétera; ¿está V.?

—No señor, ¡yo que he de estar! ni estaré nunca por más etcéteras que V. eche. O todo eso son palabras vanas y sin sentido, ó todo eso quiere decir, que solo hemos nacido para trabajar, fastidiarnos y nada más.

—Y perfeccionarnos, señor mio.

—¡Ah, vamos! tiene V. razón. Y perfeccionarnos; y después... morirnos; que es lo mismo que hizo el caballo del francés, cuando ya se había perfeccionado y aprendido á no comer: que se murió.

—La humanidad no muere nunca.

—¿Qué me cuenta V., D. Restituto? ¿Quién tuviera la suerte de convertirse en humanidad!

—No diga V. necedades.

—Hombre, para no morir.

—Y en cierto modo no morirá V.; pues como miembro de la humanidad, vivirá V. en los demas que quedan.

—Es decir, que después de muerto yo, vivirá mi vecino por mí. Pues ¡vaya un consuelo! ¿Y es eso todo lo que puedo esperar de los progresos, derroteros, adelantos y perfeccionamientos? Pues mire V., D. Restituto, me gusta más lo de la doctrina cristiana. Me gusta más creer que el hombre ha nacido para servir

á Dios en esta vida, y después gozarle en la otra. Que es como si dijéramos: para sembrar aquí y cojer allá. Así me explico el misterio de su existencia llena de dolores, que suelen ser los que le preparan el destino de su eternidad.

—Ilusiones, amigo mio, ilusiones. La filosofía libre-pensadora es positivista, y no se mete en eso. Solo cree en lo que vé. Mas allá de la vida no vé nada, y no admite nada. Por eso afirma que el hombre nace para vivir, y vive para perfeccionarse.

—Justo, y se perfecciona para morir, y se muere para que se lo coman las ratas. ¡Qué bonito! ¡Qué racional! ¡Y qué consolador!

Al oír esto el Sr. de Lapanzagorda, no dijo una palabra más. Momentos después, continuando nuestro paseo, nos encontramos frente á la puerta del maestro Garlopa, antiguo carpintero, hombre de muy mal genio, y que, en su afición á las cosas rancias, aun usaba una de aquellas monteras, que puestas en la cabeza, parecían la cumbre del Sinai.

Cuando llegamos, el maestro afilaba una hoja de cepillo.

Entonces se me ocurrió una broma alusiva á nuestra anterior conversacion.

—Parece que se trabaja, maestro, le dije deteniéndome.

—Estoy repasando esta hoja, que por cierto me ha salido muy buena.

—Hombre ¿y por qué los carpinteros tienen Vds. el capricho de afilar los cepillos?

—¿Cómo capricho? dijo el maestro mirándome con sorpresa. Pues qué ¿acaso se afilan los cepillos para tirarlos? Yo afilo mis cepillos para acepillar, como limo mis sierras para aserrar y... como se hacen todas las cosas... para algo.

—¡Ah! vamos; ya. Dispense V.

—¡Pues claro! siguió diciendo el maestro un poquillo escamado, temiendo alguna guasa.

Y luego añadió variando de tono: Esta tarde tengo que dejar acepillados y corrientes estos tableros.

—¡Hermosos tableros! dije yo mirándolos. Van á ser muy bonitos. ¡Lástima que después de quedar perfectos no sirvan para nada!

—¿Cómo para nada? saltó el maestro echándose atrás la montera. ¿Se ha vuelto V. loco, ó se burla V. de mí? ¿Cuándo ha visto V. que los carpinteros trabajen la madera para nada? ¿No comprende V. que los tableros son para construir alguna cosa?; por ejemplo, una mesa.

—¡Ah! ¿conque son para construir una mesa?

—¡Pues claro está! Así como la mesa es para hacer tal ó cual trabajo, y el trabajo es para ganar la vida, y la vida....

—Siga V., maestro.

—¡Ah! ¡la vida! exclamó el maestro Garlopa, poniéndose más serio. Eso ya es otra cosa. La vida debe tener un objeto muy gordo; porque si las cosas valen en proporción de lo que cuestan, mucho debe valer lo que cuesta tanto.

Yo he trabajado y sufrido mucho, añadió el viejo carpintero; claro es que para algo habré sufrido y trabajado. Si se me dice que *para vivir*, al que me lo diga, le llamaré loco. Porque trabajar y sufrir para vivir, y vivir para sufrir y trabajar, es lo mismo que acepillar tableros para hacer mesas que sirvan para comer, y comer para hacer mesas y acepillar tableros; es dar vueltas á la noria para sacar agua, y sacar agua para darle vueltas á la noria. Eso es una barbaridad, y el mundo no está compuesto de barbaridades.

—¡Magnífico! maestro Garlopa, es V. un filósofo; pero á estas

horas aun no nos ha dicho V. para qué es la vida.

—Hombre, si es V. cristiano, no lo pregunte. ¿Quién duda que hemos nacido para unirnos á Dios que es el Amor de los amores? Somos como una novia que marcha en busca de su esposo ataviándose por el camino. ¡Ay de ella si cae y se llena de lodo!; porque si no se limpia, jamas celebrará su boda. Nuestro atavio, nuestra limpieza, nuestra perfeccion, solo pueden alcanzarse por el cumplimiento de las divinas leyes. La creacion con sus grandezas, la civilizacion con sus adelantos, no son más que el instrumento de la obra. ¿Quién duda de esto?

—¿Que quién lo duda? exclamé, conteniéndome para no dar un abrazo al maestro Garlopa, que debajo de su pobre montera encerraba más ciencia que muchos sábios. ¿Que quién lo duda? Aquí tiene V. uno que lo duda, dije queriéndolo enzarzar con D. Restituto.

Pero D. Restituto hizo como los perros que se le echan al oso; que le ladran, pero á cierta distancia.

El tio Garlopa tenia muy mal genio.

—¡Phs! diré á V., exclamó D. Restituto: el Sr. de Garlopa, como católico, tiene sus ideas, pero.....

—¿Qué pero, ni qué pera? saltó el maestro Garlopa. No es menester ser católico para creer ciertas cosas; basta tener sentido comun. El que esta vida es una lucha, y que esa lucha tiene algun objeto y alguna recompensa que no puede ser la lucha misma, lo reconocen lo mismo el católico que el mameluco.

—Bien. Pero nosotros los libre-pensadores, replicó D. Restituto, decimos que el hombre vive y lucha para perfeccionarse.

—Justo y conforme: para servir á Dios, que eso quiere decir perfeccionarse; pero pregunto yo: ¿Para qué se perfecciona?

—¡Hombre!....

—No hay hombre que valga. Así como yo afilo el cepillo para acepillar madera; y acepillo madera para hacer una mesa; y hago la mesa para comer; y como para vivir; y vivo para perfeccionarme: para algo me perfeccionaré tambien; á no ser que supongamos que el autor de la naturaleza quiso hacer con el hombre lo que no haria ningun aprendiz de carpintero con la peor de sus herramientas: que es *amolarla* primero, para tirarla despues.

—Esa comparacion es grosera.

—No tanto como V. cree. Acaso la vida del hombre que quiere perfeccionarse, ¿es otra cosa que un martirio en el que las tribulaciones van desgastando poco á poco los vicios de la naturaleza? ¿Y quiere V. que despues de limpio el instrumento no sirva para nada? No se lima en vano una sierra, ¿y habia en vano de limarse á un hombre? No, señor D. Restituto; el hombre trabaja y se perfecciona, ó lo que es lo mismo, sirve á Dios en esta vida, para gozarle en la otra. Es un instrumento enmohecido que Dios pule y limpia antes de utilizarlo en la obra de la eternidad.

—Soy libre pensador, y no paso por esa teoria.

—Porque está V. sin pulir, ó lo que es lo mismo, sin desbastar. Deje V. que le llegue la hora de *amolarse*, y ya cambiará V. de opinion.

El tio Garlopa tenia razon. D. Restituto, jóven, robusto y mimado por la fortuna, era uno de tantos libre-pensadores como andan por el mundo discurrendo á tontas y á locas como caballo sin freno.

Pero la misericordia de Dios se lo pone á cada uno como y cuando más le conviene.

A D. Restituto empezó poniéndoselo primero en el bolsillo por medio de un banquero que quebró de la noche á la mañana, arrebatándole toda su fortuna.

Despues de esta peripecia, fué atacado de dolores reumáticos.

Y á renglon seguido, le salió una fugada de golondrinos efecto de los disgustos.

Y no paró aquí la cosa.

Aun no habian acabado de salirle los golondrinos, cuando le salieron sus hijos, que eran otros golondrinos de peor especie,

educados en la *escuela libre* de su padre, y le pusieron un pleito sobre no sé que derechos relativos á la herencia materna.

Al sentir este último golpe, el pobre D. Restituto no pudo más, y cayó herido de una dolencia incurable, de una enfermedad del corazon.

Al reclinarse sobre el lecho de que no habia de levantarse jamás, el desgraciado racionalista comprendió que se le abrian de par en par las puertas del sepulcro, y sintió frio en el corazon.

Miró á la muerte cara á cara, y la halló muy fea. Es como suelen hallarla casi todos los incrédulos: que se taparian los ojos por no verla.

Pero es el caso que nuestro hombre aun con los ojos tapados la veia. Entonces ideó ponerle careta para que le pareciese menos repugnante.

Pero ¿quién pone caretas á la muerte? ¿Quién, fuera de Cristo, podrá tornar alegre ese triste fantasma de nuestros dolores?

D. Restituto apeló á la filosofía; es decir, á su filosofía atea y naturalista.

La vieja meretriz se le presentó; pero no seductora como en los dias de su devaneo, sino desdeñosa y con el veneno en el corazon.

—¿Pretendes, dijo, que te disfrace la muerte? Vaya una pretension ridícula. ¿Acaso no se trata de un fenómeno natural? Deja esas ilusiones para los que creen en otra vida. Tu debes morir como los espíritus fuertes. Te mueres porque sí; porque se acabaron tus fuerzas; porque triunfaron las afinidades químicas sobre tus energias biogénicas. Es una ley que se cumple y nada más.

—Pero ¿y mi corazon? exclamó el sabio, con ese sentimiento que sólo la muerte sabe inspirar. Si el morir es natural ¿por qué mi corazon ansia vivir? Si el morir es natural ¿por qué sufro tanto?

—Porque no reflexionas. Piensa que si tú te reduces á polvo, ese polvo dará vida á otros seres; que si mueres, la humanidad vivirá; y no solo vivirá, sino que *progresará y seguirá los grandes derroteros que le abren las ciencias, las artes, la industria, la civilizacion...*

—¡Industrias! ¡artes! ¡civilizacion! exclamó el sabio desesperado; si cuando vivo, apenas os disfruté, y muerto tengo absolutamente que perderos, ¿cómo habeis podido ser vosotras el único objeto de mi vida? Comprendo que nazcamos para perfeccionarnos, es verdad; pero ¿es posible que nos perfeccionemos para morirnos? Si la perfeccion es una lucha, y la muerte es la nada ¿es posible que luchemos tanto para nada? ¡Oh! no puede ser, eso es mentira. Jesús, Cristo Jesús: Tú dijiste que eres el camino, la verdad y la vida. Pues bien; ya que pierdo la del cuerpo, te pido la del alma. Ten misericordia de mí.

En aquel momento un vivo recuerdo iluminó la mente del enfermo.

Parecióle ver al maestro Garlopa, que con el cepillo en la mano disputaba con él.

Le hablaba de Dios..

«Somos la esposa, repetia, que camina en busca del esposo. Nacemos para amar y ser amados. ¡Ay del que se desvia en el camino del amor, cogiendo las flores de sus orillas!

Porque flores que se marchitan, jamas podrán tejer nuestra corona nupcial

¡Oh Padre Celestial! en verdad que solo nacimos para gozarte, y que todo cuanto nos rodea es solo la escala para llegar á tí!»

Es de creer, que estas últimas palabras no pudo oirlas el enfermo; porque en aquel momento, la muerte, aproximándosele repentinamente, le dió el primer beso.

El filósofo se estremeció, pero en sus labios se pintó una sonrisa.

Era que la muerte para besarle se habia transformado. Tenia cara de cielo.

Seis horas despues D. Restituto, arrepentido, moria en los brazos de la religion.

Nota. Esta historia parece inverosímil, y sin embargo es la historia de cada día.

Hay muchos filósofos por el mundo como el Sr. de Lapanzorga, que cambian de filosofía en el momento que se les pone la panza flaca.

Eso prueba, que entre la filosofía y la panza, hay más relación de lo que algunos creen.

¿Si será por eso, por lo que el cristianismo prescribe los ayunos y los sacrificios que tanto se oponen al desarrollo de la panza?

¡Tál vez!

000

POLVOS Y LODOS.

(Continuación.)

II

Así se pasaban los días de Manolo, cual una sarta de dorados cascabeles, alegres, ruidosos y vacíos, dando la ociosidad entrada á todos los vicios, prestándole la opulencia todas las seducciones y todos los refinamientos. Jamás le habían negado sus padres el menor de sus gustos; jamás le habían contrariado el más leve de sus caprichos; y aquel natural inculto creció por lo tanto torcido, como una planta bravía abandonada en terreno salvaje, sin experimentar nunca la imperiosa necesidad que tiene el hombre de vencerse á sí mismo, sin comprender tampoco en las demás criaturas otro destino que el de servir á su egoísmo y satisfacer los goces en que cifraba el único fin de su vida; porque en esto, iba Manolo más allá del que dijo: Comamos y bebamos, que mañana moriremos. Manolo creía que no iba á morir nunca!

Murió al cabo su padre, y hubo que dividir en seis partes, por ser cinco las hermanas de Manolo, aquel caudal que se creía tan inmenso, y que apareció entonces mermado por las malas administraciones, y embargado en su mayor parte por esa polilla, hija del lujo, que carcome y arruina á las casas nobles: ¡las deudas!

Vióse entonces aquel brillante jóven, que se creía poderoso, heredero tan sólo de un corto caudal que aun no poseía, y sujeto desde su infancia á todas las torcidas exigencias de una educación opulenta y licenciosa. Vióse precisado por vez primera á lanzar sus miradas más allá del horizonte de caballos, toros y perros, salones, casinos y lupanares, en que hasta entonces había vivido encerrado, y vió con sorpresa que tras de la opulencia llegaba la medianía, y que tras de la medianía podía venir la miseria. Ni por un momento pensó sin embargo en abandonar el lujo y el boato á que le habían acostumbrado sus padres. Pensó más bien para sostenerlo, en efectuar con la hija de algún banquero, ó comerciante rico, uno de esos *matrimonios de conveniencia*, en que el yerno busca en las talegas del suegro un puntal de oro que sostenga la casa solariega que se derrumba, y el suegro, en los pergaminos del yerno, cierto polvo de antigüedad que encubra lo flamante de su arca. Mas, según la frase de Manolo, era la cruz del matrimonio el árbol de que se ahorca el marido; y al llegar la hora de escoger árbol en que ahorcarse, le sucedió lo que á Bertoldo, que ninguno le pareció bastante á propósito. Pensó entonces en dedicarse á la política, juego de albur en que todos pueden probar fortuna; mas su ignorancia y su falta de carrera le cerraban los caminos honrosos por donde se llega á altos puestos, y su inconstancia y su pereza, jamás vencidas, le cortaban esos otros caminos por donde la osadía conduce á la ambición, adonde rara vez logra la modestia colocar al mérito.

Mientras tanto, el tiempo corría, y de tal modo corrían también los dineros de Manolo, que á los dos años había derrochado por completo la legítima heredada de su padre. Mas no por eso moderaba su boato ni cercenaba sus gastos: limitábase tan sólo á no pagar las deudas que por todas partes contraía; y de locura en locura, de bochorno en bochorno, de bajeza en bajeza, llegó por fin á vivir por completo de las pingües rentas de la poca vergüenza. Pedia dinero prestado; comía cada día de la semana en casa de uno de sus ilustres parientes; daba rodeos para evitar el encuentro de acreedores como el peluquero y el perfumista, y empeñaba alhajas y hasta ropas, para comprar el ramo de camelias que regalaba á la actriz de moda, ó satisfacer algún otro capricho semejante, en que le parece ver un deber de sociedad ó una exigencia de su rango. ¡Cuántas amarguras no le costó, sin embargo, ahogar ese sentimiento de noble pundonor que existiese siempre en el hombre bien nacido mientras no se encanalla!

¡Qué rubor cubrió su frente la primera vez que no pudo pagar una deuda que le exigían! ¡Qué vergüenza cuando tuvo que regatear por vez primera en una casa de préstamos, los intereses de la alhaja que empeñaba! ¡Qué humillación cuando se hoyó designar entre las mismas personas de su círculo, con el apodo de *el jóven de los siete cocineros!*...

Ya Manolo debía hasta la camisa que llevaba puesta; ya se veía forzado á ahorrar las cuatro pesetas que le costaba un par de guantes, y aun no se había deshecho del coche y los aballos; aun no podía prescindir del abono en el teatro, y creía necesarios los mil gustos refinados que, por no haber aprendido nunca á prescindir de ellos, formaban en él una segunda naturaleza. Encaminábase un día á paseo, guiando los caballos de su tiburí, con un lacayo á la trasera, que llevaba terciado al brazo el lindo baston del señorito, con puño de malaquita. De repente se lanzó á los caballos con un palo en la mano, un hombre del pueblo, rojo y mal enarado, y detuvo con un vigoroso empuje el trote del brioso tronco. Indignado Manolo, levantó el látigo para castigar al atrevido, sin reconocer en él al infeliz carpintero del Club tauromáquico, á quien adeudaba tres mil reales, importe de sillas, picas y palos de banderillas. Mas el hombre saltó como una fiera al coche, y agarrando al elegante por el cuello, barbotaba furioso:

—¿Mis hijos se mueren de hambre y tú andas en coche?... ¡Paga, canalla, paga ó te estrangulo! Y al decir esto la estaca del artesano se levantaba con vigoroso empuje para medir las espaldas del señorito.

Aterrado Manolo, se arrojó por el otro lado del coche, y más atemorizado que confundido, mas lleno de saña que de vergüenza, desapareció entre el círculo de curiosos que había rodeado al coche, mientras el carpintero gritaba:

—¡Tunante!... ¡tramposo!... en el centro de la tierra que te escondas te he de arrancar mi dinero!...

Este incidente llenó de temor á Manolo, y para evitar que el feroz carpintero cumpliera sus amenazas, decidió pagarle su deuda. Mas ¿dónde encontrar aquellos tres mil reales, mezquina cantidad, que era en aquel tiempo para su agotada bolsa una suma más que considerable? Preocupado con esta idea, se dirigió aquella noche á primera hora, con el fin de matar el tiempo, a casa de la Condesa Z**, ilustre parienta suya, cuya hija única había de casarse de allí á pocos días. Encontró á las señoras en un salon morisco á que daban entrada, por uno y otro lado, dos intercolumnios árabes, cerrados con amplios cortinajes de seda de Mogador. Hallábase allí expuesto el *trousseau* de la novia; y varias otras damas, amigas y parientas de la Condesa, contemplaban, criticaban y envidiaban aquel inmenso conjunto de preciosidades, valuado en dos millones de reales. Joyas, telas, ropas y objetos preciosos de todas clases, hallábanse colocados en una especie de bazar que ocupaba todo el largo del salon, teniendo cada objeto una tarjeta en que constaba el nombre de la persona que lo había regalado.

Manolo saludó afectuosamente á aquella ilustre anciana en que se hermanaban de un modo extraño la piedad y la firmeza, la dulzura y la prudencia. Su traje era negro de seda, rico cual correspondía á su clase, severo cual cuadraba á sus años; sus cabellos blancos, sujetos con un gran peine de azabache, formaban gruesos bucles, que daban á su cabeza el airoso aspecto de un camafeo romano. Manolo saludó también á las otras señoras, y siguió con ellas pasando revista á las galas de la novia.

—¡Oh qué cosa tan magnífica! exclamó una de las damas, deteniéndose ante unos encajes primorosamente colocados sobre visos de raso celeste.

—Este es el regalo de mi prima Lady M**, dijo la condesa; y dejando sobre el tapate un pañuelo blanco que tenía en la mano, desdobló los encajes.

—Estos, decía mostrándolos, pertenecieron á la reina Ana Stuard: forman tan solo los vuelos de unas mangas, y están apreciados en cinco mil duros.

—Pues no me parece muy delicado regalar una cosa ya usada; dijo remilgadamente una vieja llena de cosméticos y moños, que en todo encontraba faltas.

—Y á mí sin embargo me ha parecido este regalo más delicado que ninguno, replicó la Condesa: porque estos encajes los regaló la reina Ana á la bisabuela de mi prima, y para que no salgan de la familia los ha regalado ella á mi hija.

—Será lo que tú quieras, dijo desdeñosamente la vieja; pero jamás me pondría yo desechos, aunque fuesen de una reina.

—Desechos son éstos que más de una princesa los querria para adornarse, dijo con sorna la Condesa. Pero para que veas que mi pobre prima no regala tan solo desechos, aquí tienes el complemento de su regalo.

Y al decir esto, la anciana levantó con ambas manos un rico

Joyero de plata, en que se hallaban apiladas sin engaste, cual si fuesen avellanas, hasta un centenar de gruesas perlas de Guzarate.

—Pero esto representa un caudal! exclamó asombrada una de las señoras.

—Ni siquiera las he contado, dijo sencillamente la Condesa.

Al oír esto Manolo, levantó vivamente la cabeza, y atusándose el bigote, se puso á contemplar las riquísimas perlas, mientras la vieja de los moños decía despechada:

—Claro está! Como su marido fué Virey en la India, no le costaría mucho á la buena Lady hacer pacotilla de perlas.

De nuevo iba á replicar la Condesa; pero atajóle la palabra un lacayo, anunciando que esperaba una visita en un salon vecino. La Condesa invitó entonces á las damas á permanecer allí con su hija, ó á venir con ella al otro salon en que esperaba la visita anunciada: todas optaron por lo último, y Manolo, que parecia preocupado, aprovechó la ocasion para despedirse.

—¿Te vas, Manolo? dijo la Condesa, tendiéndole la mano.

—Sí, replicó éste: voy á dar una vuelta por el círculo, y á oír luego los *Hugonottes*... Anoche estuvo Tamberlik delicioso!

—Pero vendrás á comer mañana... Es miércoles.

—Ya lo creo! dijo Manolo; y dirigiéndose á las otras damas, añadió riendo: ¿Dónde encontraré un Anfitrión como la Condesa... y unas *cotelettes* como las de su cocinero?

La señora se echó á reír.

—Ya sabes, dijo, que la Condesa-Anfitrión es Anfitrión inamovible, y que las *cotelettes* están vinculadas á los miércoles... Ya tíne orden el cocinero de que nunca falten.

—Pero esos son ya demasiados mimos!

¿Y qué quieres, hijo? replicó bondadosamente la anciana. Mirar á los jóvenes es el gran placer de las viejas.

Manolo pajó lentamente el primer tramo de la magnífica escalera, poniéndose los guantes; allí se detuvo y buscó algo, que no encontraba, en los bolsillos del pantalon primero, y despues en los de la levita: entonces volvió atrás, y entró de nuevo en el salon morisco, como si hubiese olvidado algo. Las señoras habian ya salido; y al verse solo Manolo, lanzó en torno suyo una mirada medrosa; acercóse rápidamente de puntillas al sitio en que estaban los encajes de la reina Ana y las perlas de Guzarate; allí se detuvo, mirando á todas partes azorado; dos veces extendió su mano trémula, y dos veces volvió á retirarla; de nuevo volvió á extenderla, y pálido, desencajado, temblando las rodillas, cogió al fin del joyero cuatro de las ricas perlas. Una especie de grito ahogado y el crujido de un traje de seda, sonaron en aquel instante al otro extremo del salon: el ratero volvió aterrado la cabeza, y vió moverse suavemente las cortinas del intercolumnio, como si acabasen de dar paso á alguien. Quedó el miserable por un momento inmóvil, cual la estatua del espanto, con la lengua pegada al paladar y los ojos extraviados fijos en el intercolumnio; lanzóse al fin á las cortinas y las descorrió violentamente. Nadie apareció: sólo habia en el suelo un pañuelo finísimo, marcado en una de las esquinas con una G y una corona condal. Era el mismo que habia olvidado la Condesa sobre el tapete, al desplegar los encajes.

Entonces se creyó Manolo perdido, y salió corriendo del salon; bajó á saltos la escalera, y sin cesar de correr atravesó calles y plazas, sin saber adonde iba, oprimiendo siempre entre sus dedos crispados aquellas perlas robadas, resonando sin cesar en sus oídos aquel grito ahogado y aquel crujir de sedas, apareciéndose á su imaginación extraviada los transeuntes que se cruzaban por todas partes, cual enormes letras que se combinaban de diverso modo, como si tuviesen vida, para producir siempre y tan solo la palabra *ladron!*, la palabra *ratero!*...

Jadeante llegó al fin al puente D**, solitario en aquella hora; y encaramándose en un pilar, arrojó con furia á la turbia corriente del rio las cuatro riquísimas perlas.

Entonces, por una de esas obcecaciones de la pasión, tan comunes en el hombre, el ilustre ratero se creyó seguro y se creyó absuelto, y dejándose caer en un banco del puente, respiró desahogado!

(Se continuará.)

LUIS COLOMA, S. J.

(Mensajero del Corazon de Jesús.)

VARIEDADES.

UNA BUENA LECCION

Hace algunas semanas se encontró en un carruaje del ferro-carril un respetable Sacerdote con cinco ó seis artesanos, que entraron despues que él. Estos jóvenes, con el objeto de insultar al Sacerdote,

que pasaba el camino leyendo devotamente su Breviario, empezaron á hablar contra los curas, contra la religion, etc. Nuestro buen sacerdote no decía una palabra: por fin llegaron á la estacion en que tenia que bajar, y al despedirse les dijo:

—Hasta más ver, hijos míos.

—¿Por qué hasta más ver? dijo uno de ellos: ¿en dónde nos hemos de encontrar?

—Es que soy el Capellan del presidio inmediato.

AMOR DE DIOS.

Los que llenos de penas os mirais
En este mundo de ignominia lleno;
Los que agobiados bajo el duro freno
De despóticos seres suspirais;
Los que por vil calumnia doblegais
La cerviz, de la cárcel en el seno;
Los que la copa del letal veneno
Sin causa desterrados apurais;
Los que hacienda, honra y fama envilecida
Por hombres sin conciencia tengais hoy;
Si al banquete de amor y paz que doy
En la gloria quereis tener cabida,
Dice Jesus: Venid á mí que soy
El camino, la verdad y la vida.

Trinitario Sanchez.

La dinamita Social.—Cuatro conferencias leídas en la academia de la juventud católica de Sabadell, por D. Felix Sardá y Salvany.

Recomendamos muy de veras á nuestros lectores este nuevo trabajo del Sr. Sardá, seguros de que agradecerán nuestra recomendacion.

El Sr. Sardá sabe lo que escribe, (condicion poco comun entre los que escriben hoy) y con ese talento profundo y practico á la vez con que le ha dotado Dios, pone siempre el dedo en la llaga, obligando al que lee á decir: «Tiene razon.»

En *La Dinamita Social*, el autor pone de relieve la causa de nuestros males sociales y el peligro que nos amenaza.

Es un trabajo digno de leerse.

Pueden dirigirse los pedidos á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

La Vida Cristiana de San Francisco de Sales.—Documentos y ejemplos sacados de las obras y de la vida del Santo Doctor, por un Misionero de San Francisco de Sales, traducidos por D. Vicente Orti y Escolano.

La Vida Cristiana es un precioso Manual, no sólo de piedad, sino de todas las demas virtudes, que puede servir de guía constante á todas las almas, cualquiera que sea su estado y condicion. El mérito de este libro consiste en haber reunido su autor, por orden de materia, los lugares más notables de las obras, cartas y sermones de San Francisco de Sales, formando con las palabras mismas del Santo un precioso tratado de las virtudes cristianas. Por via de complemento, lleva un apéndice tambien escrito por San Francisco de Sales, en que se contienen los ejercicios ordinarios de piedad, merced á los cuales puede servir este libro de excelente devocionario. Muy propio para regalos y adecuado premio de las casas y colegios religiosos.

Precio de cada ejemplar en rústica, una peseta cincuenta céntimos.

Se vende en las principales librerías, y en la Administracion de LA SEMANA CATÓLICA, Villanueva, 6, Madrid, adonde se dirigirán los pedidos.

LA LECTURA POPULAR

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentandola bajo formas amenas y ligeras para que se propague mas facilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion dá derecho á recibir cien ejemplares de cada numero ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA.

	Peninsula.	America.
Una accion.	4 pesetas mensuales.	5
Media id.	2 » »	2 50
Un cuarto id.	1 » »	1 25
Un octavo id.	50 cents. »	

Por medio de correspondal 25 cents. de peseta mas por accion.

Se suscribe en la direccion de este periódico BELLOT, 3, ORIHUELA. En Madrid en la de la Semana Católica, Villanueva, 5, bajo; y en todas las librerías católicas de la Peninsula y Ultramar.